

Salvador Elizondo

La fundación de Roma



LONDRES, Ago. 16 UPI. Un científico inglés piensa que podríamos estar rodeados por otro universo invisible, en el cual retrocede el tiempo... Sugiere que el segundo universo debe llamarse Faustiano.



Sería como realizar el acto amoroso al revés. En ese universo las pasiones serían una urgencia de quietud, una aspiración irrefrenable de dolor, una abominación del placer. El artista sería aquel que pacientemente fuera construyendo lo increado, aniquilando lentamente la obra de arte. Todo nacer sería una disminución del universo y la muerte el comienzo de un viaje. El Universo la Nada y el efecto siempre anterior a la causa. Sería un universo propicio a todas aquellas pasiones que se dirimen al margen del tiempo porque en él la mirada de ella sería el resultado del deseo de él y el placer nos poseería súbitamente, después del alivio, para irse disolviendo en caricias cada vez menos febriles; la inteligencia buscaría cómo deshacer los jaque-mates recíprocos y ganaría la partida quien primero consiguiera colocar las piezas en la posición tradicional a lo largo de las dos primeras hileras de casillas del tablero. Todo iría perdiéndose en sus orígenes. Un mundo crepuscular en el que todas las cosas irían hacia el momento que las antecede en el orden de la existencia. La nostalgia sería la premonición de un gesto y el ensueño la forma suprema del recuerdo —que consistiría en ir borrando las cosas que una evocación súbita y total hubiera acumulado en nuestra mente. Olvidar es vivir, la desaparición de los hombres estaría marcada por un connubio y la vida orgánica sería un proceso de escisiones encami-

nado siempre hacia esa totalidad única de la materia inerte y en ese estadio, nuevamente, perdido todo ánimo de voluntad, la vida silenciosa de los átomos quedaría regida por un destino matemático que en las eternidades, por el mismo capricho que en el nuestro, rige lo que aquí llamamos progreso y logros, allí, de lo que ya hemos sido, hará o ya hizo las luminosas catástrofes del cielo. En ese tiempo los amantes se jurarían un amor perecedero y los historiadores se desvelarían destruyendo las crónicas del mundo. Toda música era un intento de conseguir silencios armoniosos. Los pintores eran los perseguidores de un enceguecimiento radical y los arquitectos afanosos demoledores de ciudades, cavadores de agujeros cada vez menos profundos. Los poetas enturbiarían, empecinadamente el sentido de las palabras y por esta magnífica disminución de la universalidad del lenguaje, el mundo de las naciones se iría haciendo cada vez más vasto y la historia, como la vida del hombre, avanzaría lenta, pero perseverantemente hacia una individualización extrema, primero de las grandes asociaciones étnicas, luego de los conglomerados continentales, luego de las entidades lingüísticas, más tarde de las comunidades políticas y después, de las sociedades económico-nacionales. Éstas se convertirían en entidades urbanas que a su vez estarían compuestas de barrios característicos dentro de los que cada familia medraría como un vegetal extraño y único. Sus arquitecturas estarían hechas con la fascinación del caos y un día las últimas células de la solidaridad social, los padres y los hijos primero, el hombre y la mujer después, descubrirían el odio y se entregarían a él febrilmente. Los verdugos y los policías llenarían de olvidos apasionados el mediodía y sus proferimientos mientras más viscosos, más herirían a quienes, en busca del supremo goce del habla acudieran a escuchar esas palabras cuya excelencia por siempre era una prefiguración del fin del lenguaje. Los héroes serían siempre aquellos que contribuyeran con la prolongación de su vida a la consecución de la muerte. El ideal inherente a la naturaleza humana, el ideal a cuya preservación tenderían todos los atavismos que normaran secretamente la conducta de los individuos sería la Regresión. Los progresistas serían condenados a los más



sublimes placeres de la prolongación de la vida en las bibliotecas más ricas, en los burdeles más promiscuos, en las academias más sabias y en las tesorerías más espléndidas. En la persecución desaforada de su ideal, las mujeres irían haciéndose gordas, sucias y generosas y los hombres sabios, fuertes y humildes. A lo largo de los milenios de esa degeneración perseverante la humanidad, compuesta ya tan sólo de individuos, habría acumulado tantas virtudes que el beneplácito del Diablo no tardaría en abatirse sobre ella. Pero de acuerdo con los recuerdos de los Memoriosos, que son los profetas de ese universo, vino en la superficie de los milenios consumidos un dios inquietante que, cuando el hombre estaba a punto de perdurar eternamente, le hizo entrega de un talismán que le aseguró su salvación: era nada más una superficie pulida.

El hombre la miró fijamente y descubrió, huidiza, una mirada que lo miraba fijamente, que lo iba descubriendo lentamente. Y el hombre que fiel al atavismo de la especie nunca había transgredido el imperativo del olvido, percibió fugazmente, en la mirada que lo miraba, un rostro reconocido. Cayó en la tentación del recuerdo. Se convirtió en un esclavo de la memoria y no contento con ello construyó nuevas superficies que lo reflejaban convertido en estrella, en número, en palabra. Y se entregó al gozo de su invento que consistía en mirarse reflejado en su propia mirada.

Pero en el pecado de esa infinita soberbia tenía la penitencia: un día construyó una superficie que lo reflejaba con forma de mujer y la mirada de esa mujer que era su reflejo, reflejaba su propia mirada hacia un infinito que hasta entonces había sido de ida pero que en ese momento se hizo de venida. Llamó a la superficie "espejo" y a su invención "amor". El amor era el inmemorial y súbito reconocimiento de dos cuerpos que dolorosamente para siempre, se fueron separando y todo lo que aquí será encuentro, allá fue despedida. Para conmemorar su ingenio fundó una ciudad a la que dio un nombre que era como el nombre de su invento reflejado en el espejo. Pero desde entonces el tiempo le volvió la espalda que es infinitamente futura porque el espejo es el instante en que el curso del tiempo se trastoca y el pasado se vuelve porvenir.

